

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La pasión americanista de Mariano Picón Salas

Autor: Valdiviesco B., Jaime

Forma sugerida de citar: Valdiviesco, J. (2001). La pasión americanista de Mariano Picón Salas. *Cuadernos Americanos*, 4(88), 89-95.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 88, (julio-agosto de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La pasión americanista de Mariano Picón Salas

Por Jaime VALDIVIESO B.*

DON MARIANO ERA ALTO, un poco doblado, como si así quisiera, por una inconsciente modestia, presentar menos blanco a la realidad. Tenía una voz grata, acogedora: “Véngase —me dijo—, véngase que aquí conversaremos largo”. Yo lo llamaba a los pocos días de llegar a una Caracas y a una Venezuela que comenzaba a desperezarse con un decidido ánimo de entrar en la modernidad. La explotación del petróleo empezaba a materializarse en nuevos edificios, carreteras, nuevas y mejores formas de vida. Era la época del pequeño y regordete dictador Pérez Jiménez que, con todo, fue menos represivo y menos anticomunista que su sucesor Rómulo Betancourt. Llegaban inmigrantes de todos lados, de Italia, de España, de Portugal y de Chile a trabajar en sus profesiones o como técnicos o simplemente a lo que viniera. Estábamos en los años 56 ó 57 y yo iba a Caracas acompañando a mi madre en visita a un hermano ingeniero químico, radicado ya hacía cinco o seis años en esa capital.

Apenas entré a su casa, luego de abrirme personalmente la puerta, me preguntó por su amigo Ricardo Latcham y por Chile y los chilenos. Se veía que la palabra Chile lo tocaba de una manera muy especial y comenzó a hacer recuerdos de sus años en Santiago y de sus amigos Guillermo Feliú Cruz, Manuel Rojas, González Vera, Eugenio González y don Ricardo, al cual lo unía una cálida amistad y el camino común de una apasionada vocación americanista.

Luego de ese primer encuentro en que hablamos largo, unidos por el estímulo que procuran el buen whisky y tal vez por el vivo interés de mi parte de saber acerca de los intelectuales y la literatura venezolana, mostró un real interés por seguir viéndonos en los próximos días. Lo comencé a visitar casi todas las tardes, a veces me invitaba al cine y

* Escritor chileno, poeta, periodista, crítico literario. Nació en Valparaíso (1929). Graduado en Letras en el Instituto Pedagógico de Chile. Durante los años sesenta vivió y enseñó en universidades de China y Texas. El golpe militar de Pinochet lo sorprendió en Houston. Vivió el exilio entre Estados Unidos, España y México. Ha publicado narrativa: *La condena de todos* (1965), *Voces de alarma* (1994), *Las máscaras del ruiseñor* (1997), *Trisagio* (1998). Poesía: *Cuerpo a cuerpo* (1968), *Violencia de los animales* (1991), *El peso de la luz* (1994), *Tu cuerpo en la palabra* (1994). Ensayo: *Un asalto a la tradición* (1963), *Realidad y ficción en Latinoamérica* (1975), *Escritura encadenada* (1999).

otras a conversar con amigos escritores que frecuentaban su casa a la caída de la tarde. Allí conocí a Rafael Pineda —poeta, autor de un libro muy leído y premiado, *Poemas para recordar Venezuela*—, a José Ramón Medina —poeta y ensayista—, al hoy conocido crítico Óscar Sambrano Urdaneta, y a unos cuantos más, que surgirían ahora, sin duda, al contacto del sonido de sus nombres.

Don Mariano hablaba con lentitud, con un tono amigable y cotidiano, sin nada de la actitud académica o impositiva que abunda entre los especialistas en literatura o en cultura latinoamericana. Ninguno de estos rasgos lo acercaban a la imagen suya que me había formado durante las clases de don Ricardo o en las conversaciones con otros compañeros en el patio del Instituto Pedagógico en la calle Macul, entre los que se encontraba a menudo mi amigo y poeta exiliado y luego premio nacional de literatura y crítico venezolano, Guillermo Sucre, o en alguna velada en compañía de José Donoso, Armando Cassigoli, Enrique Lafourcade o Claudio Giaconi, conocidos miembros de la Generación del 50 y contertulios frecuentes en su departamento en la calle Estado en el corazón de Santiago.

En verdad, en boca de don Ricardo, cualquier figura de la política (presidente de la República incluido) o de la literatura salía esmeradamente retocado o monstruosamente caricaturizado, sin soltar el cigarrillo que chupaba negligentemente mientras hablaba y se paseaba en clases; dependía de su grado de simpatía o de enemistad. Con todos casi siempre era ingenioso, sarcástico, irónico, bufonesco, pero nunca venenoso y siempre ingenioso. Entre ellos a don Mariano le tocaba la mejor parte: era uno de los grandes ensayistas, magnífico catedrático y excelente conversador y charlista. Fue su amigo en el Chile de los últimos años de los veinte y comienzos de los treinta. Su obra era uno de los más sólidos aportes a la cultura y a la historia de la literatura y de las ideas en América. Tal era el personaje con el que yo me encontraría en Caracas, con una carta en la cual el maestro le hablaba de su alumno y amigo, en la que le reiteraba sus agradecimientos por la elogiosa presentación a una conferencia dada en Caracas hacía sólo unos meses en su recorrido por varias capitales del Continente, entre ellas La Habana y San Juan de Puerto Rico.

Imposible imaginarse a alguien con ese prestigio como un hombre modesto, algo tímido, nunca efusivo, que hablaba quedamente. Pero así fue, nada de la figura majestuosa, imperativa y dueña de ese extraño poder que confieren las palabras y los importantes libros publicados, entre los cuales figuraba su ya clásico *De la Conquista a la Independencia*, libro que nos abrió la primera puerta a una conciencia de

pertenecer a un espíritu y una cultura diferentes, muy distinta a la española y europea, menos refinada, con menos tradición canónica, pero con méritos suficientes como para sentirnos plenamente satisfechos y dignos de nuestro aporte al conocimiento universal desde una nueva y muy otra vertiente: la del mestizaje indio o negro con los primeros españoles de la conquista.

Sería para mí el primer grano que don Ricardo Latcham, en la oralidad, y don Mariano Picón Salas, en la escritura, aportarían a la conciencia de una inquietud y una voluntad de identidad latinoamericana primero, y luego de mi propio país, hasta allí colgado de los restos de la cultura europea y orgulloso de su origen etnocentrista blanco, rubio, “democrático y civilizado”, distante y desdeñoso de la morenidad india o negra del resto del continente y de su propio pueblo, considerado ajeno a cualquier componente indígena.

Esto era lo que aprendíamos en los libros y en nuestras propias casas los que pertenecíamos, para bien o para mal, a la alta burguesía castellano-vasca, como le gustaba acotar siempre al conocido historiador don Francisco Encina, dueña y formadora de nuestra idiosincrasia y de sus mejores “prejuicios”.

El libro *De la Conquista a la Independencia* y las clases desafiadas, anárquicas y de una desconcertante erudición de don Ricardo, tanto en literatura colonial como contemporánea latinoamericana y europea, fueron la primera apertura hacia una América desconocida para mí y que ponía en jaque toda la ideología y los prejuicios familiares de la realidad étnica, social y política sobre la que descansaba una identidad falseada y deformante de nuestro país, que cada día y con el tiempo se fue haciendo más evidente. Ya no era un Chile liso, blanco, aséptico, germánico o anglófilo, sino un mundo imprevisible, encarrujado y enigmático que me mostraban la narrativa latinoamericana por un lado, y los ensayos como los de don Mariano, Uslar Pietri, Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui por el otro, unidos a tierras exóticas, caldeadas, vastas y violentas que surgían por boca de don Ricardo, países con sangre india o negra que le daban una connotación extraña, peligrosa y a la vez seductora a un continente desconocido y fascinante para mí, en uno de cuyos extremos se hallaba, inesperadamente y formando también parte de él, Chile.

Antecedentes biográficos

DON Mariano había llegado a Chile en junio de 1923, al puerto de Valparaíso, en ese entonces todavía con un aire inglés y de factoría

ultramarina heredado del siglo XIX, cuando allí se hablaba tanto inglés como español, como lo recuerda la inglesa María Graham, llegada en tiempos del gobierno de don Bernardo O'Higgins y amiga del almirante Lord Cochrane.

Suprimertabajo sería en un anticuario, llamado también tienda de "minuta". Allí ganando unos pocos pesos iniciaría su exilio y primera salida del país, que no sería a la ya habitual *Ciudad de las luces*, periplo obligado de la gran mayoría de los hijos de la burguesía que buscaban en Europa, y especialmente en París, la fuente de la más refinada civilización y de la cultura que nosotros recibíamos con cierto atraso y por boca de los libros y de las revistas. Este dato no nos parece un detalle menor, pues Mariano Picón demuestra en esa decisión, inhabitual en un joven en aquellos años, su vocación y su interés y luego pasión por la cultura latinoamericana. Hecho completamente insólito al menos para un chileno que escogiera en esos días un país latinoamericano y no España, Francia o Inglaterra.

Chile en esos días conservaba aún el prestigio de país tocado por la cultura cívica, por la estabilidad de su democracia y de sus instituciones, a pesar de que por esos días sacarían de la presidencia al caudillo Arturo Alessandri Palma, lo enviarían a Europa y luego volverían a llamarlo, mientras se hacía cargo del gobierno don Emiliano Figueroa Larraín entre los años 25 y 27. No sería ese decenio de los años veinte un ejemplo de aguas mansas en la política del país. Poco más tarde vendría la república socialista de los Cien Días y luego la dictadura de don Carlos Ibáñez y el año 1932 otra vez don Arturo Alessandri. Fue un periodo en que la historia chilena alcanzó una extraña velocidad y a ese carruaje (ya a gasolina por esa época) se subió don Mariano integrando una rectoría colegiada de la Universidad de Chile que duraría exactamente 12 días, integrada por Pedro Godoy, profesor de la Escuela de Arquitectura, Pedro León Loyola, profesor del Instituto Pedagógico y él, como profesor de la Escuela de Bellas Artes.

Como vemos, la vida de don Mariano por esos días alcanzó la misma vorágine que la historia del país. De Valparaíso se vino a Santiago, y al poco tiempo entra en contacto con novelistas e intelectuales, como Salvador Reyes, Armando Donoso, Sara Hübner. Ingresa a trabajar a la Biblioteca Nacional por influencia de don Eduardo Barrios, labor que complementa como inspector de estudiantes en el Instituto Nacional, lo cual le permite ingresar a la Universidad y recibirse de profesor de historia y geografía en 1927. Sobre esos años escribe:

Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos —para clasificarlas— obras de la más variada categoría [...] Y con esa capacidad proteica de los veinte y tantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma —en apariencia muy coherente— para resolver los problemas humanos.

Éste constituye un caso paradigmático de la formación de un joven latinoamericano y con vocación americanista por añadidura, en el que se encuentran dos factores que caracterizan al intelectual en nuestro mundo desde fines de la Colonia hasta muy entrado el siglo xx: la ansiedad por la lectura y el conocimiento ligado al compromiso político-social, es decir, la responsabilidad de que el escritor es además de espectador y a menudo actor, un educador de su pueblo. Así fueron sus amigos intelectuales y escritores contemporáneos: Eduardo Barrios, Eugenio González, Guillermo Feliú, Juan Gómez Millas, Ricardo Latcham; todos fueron ministros o parlamentarios o diplomáticos, catedráticos, rectores universitarios, como fue igualmente su caso primero en Chile y luego en su país a su regreso en 1936.

Vale la pena recordar esta formación humanista, estética y política de don Mariano en un ensayo aparecido en la revista *Carta Cultural* de Venezuela, núm. 14, en enero de 1967 donde, aparte de referirse a aspectos de la cultura y del arte, plantea sus inquietudes políticas respecto al sentido de la democracia en nuestros países y al respeto por el Otro, lo cual en la actualidad tiene estrecha relación con el concepto de los Derechos Humanos: “No es ningún pleonasma decir que todavía falta en nuestro proceso democrático una pedagogía de la libertad, que no tiene ésta el derecho unánime al grito y al frenesí, si no practica el diálogo y el respeto a las diferencias”.

El proceso de definición y maduración cultural de don Mariano resulta entonces emblemático, ya que desde su llegada a Chile, país que no se ha caracterizado nunca por una vocación e identidad latinoamericanista, salvo en casos excepcionales como alguno de los intelectuales citados, especialmente don Ricardo Latcham, que siendo de origen escocés por su padre, heredó de él su pasión por su tierra y por sus habitantes indígenas: siendo ingeniero civil fue un eminente investigador y autor de libros insoslayables sobre la cultura y costumbres mapuches.

De Chile, don Mariano recuerda con nostalgia la época de su “formación sentimental”, sobre todo la que tiene que ver con el amor y las relaciones eróticas, que al parecer en nuestro país conocían, a pesar

de la época, una relación más libertaria. Hay un texto sobre sus experiencias juveniles en nuestro país y una reflexión sobre las relaciones amorosas que demuestran su sentido visionario de lo que llegarían a ser esas relaciones medio siglo después:

En cuanto a las mujeres, dejaron de ser allí —antes que en otros países americanos— las vaporosas musas seráficas del trasnochado romanticismo criollo para graduarse de médicos, abogados, arquitectos y convertirse en veraces animadoras del hombre [. . .] La comunicación con la mujer, si pide sentidos ágiles y gozos, reclama también en grado más alto la “inteligencia de amor”; participar ambos, armoniosamente, en el círculo de ideas, creencias o afinidades en que se fija nuestra situación histórica. No ser siempre Don Juan o Doña Inés violada, sino hombres y mujeres enteros, que toman en tarea alegre y bien repartida su obligación cotidiana. Rescatar el sexo de aquella zona húmeda del miedo y del pecado, e incorporarlo a la previsión y luz de la conciencia. Que el amor no concluya en el frenesí de un encuentro o de una noche, sino asegure su luz constante para toda la vida. Lo he soñado siempre —aunque cumplirlo es tan difícil— como una nostalgia de fidelidad.

Su obra en plena madurez:
De la Conquista a la Independencia

EN 1944 publica en la editorial Fondo de Cultura Económica su libro de ensayo *De la Conquista a la Independencia*. Obra mayor de la ensayística de las ideas, reflexión y cultura latinoamericana, culminación de su evolución, amor y pasión por el continente en que le tocó nacer y por todos los países y sus habitantes donde se mezclan desde la Conquista dos formas de vida, dos etnias que transforman radicalmente la herencia tanto india y negra como la ibérica, y cuyo efecto es otra cultura, otra visión del mundo y de la sociedad: unión y recreación de dos culturas que se manifiestan en el arte, en la vida, en los valores, y que busca hasta hoy, incesantemente, su propia visión y aplicación de los conceptos y prácticas de la democracia y de la organización política republicana.

Si bien en este libro no se propone una tesis de cuáles serían esas formas de la democracia y organización político-social, nos entrega suficientes datos y reflexiones para irnos formando una conciencia de esta nueva cultura y civilización que cuenta con orgullo otra larga experiencia y convivencia humana como son las milenarias civilizaciones precolombinas, y que hasta el momento no ha logrado el soñado éxito

con fórmulas políticas importadas de Europa o de Estados Unidos, incluida la globalización neoliberal mercantilista

Basta con examinar simplemente el índice de este bello y extraordinario libro para darse cuenta de la importancia de sus temas y propuestas, y la larga experiencia, investigaciones y múltiples reflexiones que la precedieron: *a)* El legado indio; *b)* La discusión de la Conquista; *c)* De lo europeo a lo mestizo: las primeras formas de transculturación; *d)* Entrada en el siglo xvii; *e)* El barroco de Indias; *f)* El humanismo jesuítico del siglo xvii y *g)* Vísperas de la revolución.

Hemos enumerado algunos de sus temas, pero bastan para damos cuenta del nivel de ellos y de la investigación y reflexión que implican.

Con este magnífico libro, y muchos otros que le siguen, don Mariano Picón Salas se impuso como uno de los más importantes y completos latinoamericanistas del siglo xx, que abarcó no sólo la literatura, sino la antropología, la sociología y el arte de nuestro continente todo con fina sensibilidad artística, aguda intuición, tolerancia y amplitud de criterio.